

TÚ, SORPRESA DE MI VIDA. EN LA ACOGIDA, LA AUDACIA DE UN ENCUENTRO

APUNTES DEL ENCUENTRO DE LOS RESPONSABLES
DE FAMILIAS PARA LA ACOGIDA CON JULIÁN CARRÓN

13 DE NOVIEMBRE DE 2020

Tú, sorpresa de mi vida. En la acogida, la audacia de un encuentro
Apuntes del encuentro de los responsables de Familias para la Acogida
con Julián Carrón
Por videoconexión, 13 de noviembre de 2020

Luca Sommacal. Buenas noches a todos y bienvenidos. Ante todo, agradezco de corazón a Julián que haya aceptado estar aquí esta noche con nosotros y por los años que lleva acompañando nuestro camino. Contigo nuestro paso es sin duda más consciente y seguro. Saludo a todos los amigos conectados desde Italia y otros países, como España, Suiza, Rumanía, Brasil entre otros.

Recuerdo que es posible seguir esta asamblea en español pinchando en el icono del mapamundi que tenéis abajo a la derecha y activando el servicio de traducción.

Esta noche queremos abordar el tema del texto que este año ha acompañado el camino de nuestra asociación en el "*Filo rosso*" (*publicación periódica de la asociación Familias para la Acogida, ndt.*), titulado *Tú, sorpresa de mi vida. En la acogida, la audacia de un encuentro*.

Este texto nace del trabajo realizado a raíz de nuestro diálogo contigo el año pasado, que también has retomado durante la Jornada de apertura de curso del movimiento cuando nos recordabas la importancia de mirar y secundar lo que Dios hace en nuestras vidas. El año pasado nos decías: «El inicio es la conmoción de Dios por nosotros; y nosotros, bajo la presión de esta conmoción que recibimos, podemos conmover a otros, vivir la caridad con los demás» (*Apuntes del diálogo de la junta directiva de Familias para la Acogida con Julián Carrón, Milán, 7 de noviembre de 2019*).

Hemos vivido los primeros meses de este año marcados dramáticamente –igual que seguimos aún hoy– por la pandemia y hemos descubierto lo esencial que es el otro para nuestra vida. Un «tú» hecho de los rostros de nuestras esposas y maridos, de nuestros hijos naturales y acogidos; rostros mediante los cuales el Misterio, el «Tú» del Señor, ha vuelto a hacerse compañero de nuestro camino, sosteniéndonos y despertando nuestro corazón con un ímpetu, una audacia, que ha generado una creatividad inesperada. Como por ejemplo la peregrinación del pasado 7 de octubre con el arzobispo de Milán que, transmitida vía satélite, permitió a todos nuestros amigos por todo el mundo vivir un momento de comunión y oración que de otro modo habría sido imposible, y al mismo tiempo ha dado a conocer nuestra experiencia a muchísima gente desconocida para nosotros (ise conectaron más de 1.400.000 personas!).

Estas semanas vuelve a plantearse, de manera más violenta en ciertos aspectos, el mismo drama que vivimos la primavera pasada. Lo que hemos descubierto y aprendido no nos garantiza una conciencia ya adquirida, como si pudiéramos aplicar de manera mecánica esquemas y conocimientos consolidados para afrontar este periodo tan difícil.

En cierto sentido, todo vuelve a empezar, como nos recuerdas a menudo con las palabras de Benedicto XVI: «La libertad del ser humano es siempre nueva [...] presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación tenga un nuevo inicio» (Carta encíclica *Spe salvi*, 24).

Precisamente por ello nos gustaría que nos ayudaras a reconquistar esa conciencia que nos recordabas en noviembre de 2019 y que hemos empezado a experimentar en el camino de este año.

De cara a este encuentro, han llegado muchísimas contribuciones y preguntas. Hemos identificado algunos testimonios que pensamos que pueden ayudarnos a recorrer el camino que hemos hecho y al mismo tiempo a profundizar en la experiencia que estamos viviendo.

Pero antes de empezar con las intervenciones, te doy la palabra para que puedas saludarnos a todos.

Julián Carrón. Buenas noches a todos. Estoy realmente agradecido por poder compartir con vosotros este momento, porque siempre –desde que nos vimos por primera vez– habéis sido para mí un testimonio, me habéis mostrado cómo florece vuestra vida ante desafíos tan complicados como los que veremos hoy y que vosotros afrontáis con audacia. Por tanto, empecemos, porque yo estoy aquí para aprender más que para deciros algo especial, pues en vuestra vida ya está todo lo que debemos mirar y secundar.

TESTIMONIOS Y PREGUNTAS

A. SECUNDAR LO QUE DIOS ESTÁ HACIENDO

Sommacal. Empezamos con una pregunta y un testimonio desde España, que nos introducen en lo que significa mirar y secundar lo que Dios está haciendo en nuestras vidas y en lo que puede generar el hecho de vivir bajo la presión de esta conmoción.

Desde España queremos hacer una pregunta que va unida a un pequeño testimonio de gratitud. Nos gustaría entender mejor qué significa en la experiencia que «de la naturaleza brota el terror de la muerte, de la gracia brota la audacia» (cfr. Santo Tomás de Aquino, Super Secundam ad Corinthios, 5,2). Nos gustaría ayudarnos –entre nosotros y a las familias que viven su acogida con dificultad– a vivir la experiencia de bien que brota de la gracia. Entre nosotros hay muchas, de hecho son la mayoría, experiencias positivas llenas de esperanza, pero delante de los que tienen dificultades, grandes dificultades porque viven situaciones objetivamente durísimas, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo podemos ayudarles a caminar? En muchos casos, les cuesta tanto a los chavales acogidos como a las familias. No siempre es fácil reconocer a Cristo en el chaval que acogemos, y nos vemos desafiados por lo que leemos en el “Filo rosso” cuando dice que «la audacia implica [...] una obediencia activa a las circunstancias [asignadas], marcada por la esperanza: “una certeza en el futuro en virtud de una realidad presente”».

En el seminario nacional del año pasado en Peschiera escuchamos a muchos chavales mayores, ya adultos, que testimoniaban que este camino continúa y que nuestros tiempos no son Sus tiempos. Vemos que hace falta tiempo para saber qué será de la vida de estos hijos, hay que esperar, sin perder la confianza de que su destino está en manos de Dios.

Pedimos ayuda para no perder de vista esta esperanza y para acompañar mejor a las muchas familias para las que no es nada fácil.

Sumo ahora un pequeño testimonio de gratitud personal. Yo soy la vicepresidenta de Familias para la Acogida en España desde hace muchísimo tiempo, este año la asociación cumple veinte años. Siempre estoy poniendo mi cargo a disposición de la junta directiva, pero nunca llega el momento de dejar la vicepresidencia. Veo que mi continuidad en la junta ha sido un grandísimo don para mí, para mi vida, sobre todo en este último tiempo. Hace tres años, todos nosotros y otras tres familias tuvimos que salir de una casa-familia y en aquella ocasión pude experimentar –recuerdo el día que viniste a cenar con nosotros a la casa–...

Carrón. Yo también lo recuerdo bien.

En aquella ocasión pude experimentar verdaderamente qué significa que de la naturaleza brota el riesgo de la resignación o de la indiferencia superficial, que para mí muchas veces es una tentación. En mi caso concreto, esto iba unido a una grandísima tristeza, que experimenté al ver que nuestro proyecto no salía adelante. En aquel momento de profunda tristeza –como no he experimentado nunca en mi vida, nunca– pude descubrir en qué sentido el yo es relación con unos amigos, es relación con otro, primero con el Señor, luego con mi marido –he pedido experimentar ciertamente una ternura por su parte ante mi sufrimiento– y con una compañía real de la que me sigo sorprendiendo por la belleza que he experimentado en medio de toda esta tristeza. Incluso con los más cercanos, sobre todo con mi grupo de Fraternidad y con tantos amigos que tú conoces muy bien, con la junta directiva de Familias para la Acogida y con mucha gente de la asociación, donde he encontrado el coraje de una amistad atravesada por el Señor. Siempre he ofrecido mi cargo porque creía que para la asociación era un peso tener a una persona con un sufrimiento tan grande en el corazón, sobre todo en los últimos dos o tres años, pero mis amigos de la junta siempre han insistido en que me quedara, y durante este tiempo he podido ser testigo de muchísimas historias preciosas. Estos meses hemos decidido hacer un documental para celebrar los veinte años de la asociación Familias para la Acogida en España. Con la ayuda y el ánimo de Javier Prades, también hemos empezado a preparar una exposición preciosa con cuadros del museo del Prado que muestran la experiencia de la acogida. En este tiempo, tanto yo como las personas que están en la junta hemos podido escuchar muchos testimonios que nos han permitido entender que el cristianismo es fácil, porque no lo hacemos suceder nosotros, lo hace suceder Él. Esto ha llegado a ser, y lo sigue siendo, una certeza en medio de todo el inmenso dolor que sentía y que todavía siento a veces. Yo quería que sucediera en nuestra historia, en la casa-familia, y no ha sucedido –esta certeza, esta alegría–, pero Dios lo hace suceder en otros muchos lugares. Lo que queremos hacer, en la junta directiva de España, es secundar lo que vemos suceder. Haciendo este documental hemos podido reunirnos muchos, hablar de lo que significa la acogida en nuestras vidas, y al ver su respuesta favorable

nos hemos quedado impactados y agradecidos por este milagro que el Señor ha hecho suceder en medio de toda nuestra miseria, nuestro límite, nuestro pecado, tan grande tantas veces. Esta certeza nos ha permitido estar cada vez más abiertos a nuevas realidades que no tienen nada que ver con nuestra historia. Incluso varias comisiones de la administración pública nos han abierto por fin pequeñas puertas. Por ejemplo, estamos llevando a cabo un pequeño programa que permita a unos treinta chavales pasar el curso escolar fuera de casa. La relación con estas asociaciones está siendo realmente muy bonita y algunas han empezado a colaborar con nosotros mediante lo que ellos llaman "el voluntariado". Creo que todo esto es fruto de la audacia que brota de la gracia y estamos muy agradecidos a la asociación italiana que lo hace posible, para nosotros son como unos padres que siempre nos han cuidado con un afecto verdaderamente infinito, con una ternura inmensa y con enorme paciencia, y que nos han ayudado a crecer. Gracias también a ti, Julián, por tu compañía.

Carrón. ¿Qué significa que «de la naturaleza brota el terror de la muerte, de la gracia brota la audacia»? Creo que ahora todos nosotros, por la circunstancia que estamos viviendo en todo el mundo, vemos cómo de la naturaleza solo brota el miedo, el terror. Podemos usar palabras distintas para decir que no somos capaces de darnos ese sostén, esa esperanza de la que hablabas, que solo puede venir de la gracia, es decir, de algo que nos ha sucedido, como siempre hemos repetido con Péguy: «Para esperar, hace falta haber recibido una gran gracia» (cfr. Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p.235). Todo lo que has descrito muestra cómo esta gracia permanece incluso en medio de todos los problemas, las dificultades, los tiempos que no cuadran con los chavales, con los hijos, y eso documenta la potencia de la gracia. En vuestro "*Filo rosso*", como vosotros lo llamáis, lo describís muy bien: a veces «perdidos» en esta situación en que nos encontramos, a veces llenos «de incertidumbre», etc. Y me llama la atención que hayáis escrito: «sin embargo», sorprendidos por el «florecimiento de una gracia inesperada», de la vida, es decir, de lo que Él hace. Este «sin embargo» dice que la sorpresa de esta gracia sigue sucediendo porque si hay alguien entre nosotros que vive constantemente en una situación de desafío total, sois vosotros, porque no es lo mismo hacer un gesto de caritativa una vez a la semana o cada dos semanas que vivir la acogida veinticuatro horas al día, siete días a la semana, durante 365 días al año – así es vuestra acogida–. Pero al mismo tiempo, precisamente porque tenéis esta audacia, os preguntáis: «¿de dónde nace esta capacidad?», al daros cuenta de que las dificultades son tan inconmensurables en comparación con vuestras fuerzas que resulta cada vez más evidente que solos –es decir, solo con la energía propia de la naturaleza– no podéis hacerlo. Por eso emerge con toda su potencia la sorpresa de ese «sin embargo»: sin embargo, no podéis dejar de sorprenderos porque la vida florece, es decir, esta gratitud, esta audacia, esta libertad que tenéis, que sorprende a todos, hasta a la administración pública, como decías. ¿Y eso de dónde viene? Tú lo has dicho, de secundar lo que veis suceder ante vuestros ojos, lo que Él hace. Has dicho muy acertadamente: «Qué fácil es el cristianismo porque no lo hacemos suceder nosotros, lo hace suceder Él». Esto resulta más evidente cuanto más nos desafían la pandemia o las dificultades con los hijos, porque no cuadran las cuentas, ellos van a lo suyo y nosotros tenemos que esperar sus tiempos, como muestran vuestros testimonios claramente: ¡qué certeza hace falta para esperar sus tiempos! Pero solo ver estas cosas –como me permitís ver esta noche– ya es el signo más evidente de esta gracia que acontece, porque sin esta gracia sería imposible. Entonces, ¿cómo entender una frase como esa sobre el miedo y la audacia? No volviendo la cabeza hacia otro lado sino mirando, mirando lo que sucede ante vuestros ojos, porque es lo único que os convencerá de que la gracia es algo real, que no puede ser fruto de ninguna estrategia –porque con los hijos normalmente ninguna estrategia funciona–. Que después de tantos años sigáis viviendo con esta alegría, sorprendiéndoos por todo lo que veis florecer, es el signo más evidente de la gracia en acto; una gracia que se encarna en vuestros amigos, en la compañía mutua que os hacéis y que os sostiene. Todo es signo de ese Tú del que habéis hablado este año y que reconocéis constantemente en medio de vosotros. Por eso, la única manera de entender expresiones de este tipo es mirar. Siempre me sorprende que el Misterio, para hacernos comprender las palabras decisivas de la vida, las hace suceder. En vez de darnos una teoría sobre la gracia y la audacia, las hace suceder, y así comprendemos por qué está al alcance de todos. Hace suceder el amor a un hijo, porque solo puede entender cuánto le queréis si lo ve suceder en su vida. A veces hacen falta muchos signos para poder darse cuenta de esto, y si después de tantos signos pueden darse cuenta es solo por eso, ¡porque lo ven suceder! Cualquier tipo de discurso, cualquier tipo de exhortación no tendría la misma posibilidad de llegar a

tocarlos. Solo la gracia de una ternura infinita hacia ellos puede, con el tiempo, hacer florecer incluso a los que más se resisten. Gracias.

B. LA SORPRESA DEL "TÚ"

Sommacal. La sorpresa del otro como esencial para la propia vida no es algo que se haga evidente simplemente por afirmarlo. Es una sorpresa. Y resulta aún más sorprendente darse cuenta de que dentro de esa diferencia –porque el otro es diferente a mí, diferente de como yo creo que es o que debe ser–, a través de esa diferencia, el Señor me sale al encuentro, como decía la intervención anterior. «Estabas en la persona que acogí y yo no lo sabía. Te doy gracias, oh Cristo, por haberme hecho realizar algo que yo no habría realizado», dice el "Filo Rosso" citando a don Giussani.

Soy padre de un hijo adoptado de Extremo Oriente. Durante este tiempo, mi mujer y yo estamos pasando por varias dificultades críticas en la relación con él. Nuestro hijo –que fundamentalmente es un chico bueno y simpático– a causa de su enfermedad tiene a veces actitudes y comportamientos agresivos y violentos con nosotros y con los que le rodean, compañeros, amigos, etc., generando situaciones de tensión en varios contextos, que a veces le llevan al aislamiento, algo que él detesta. Ante estos desafíos cotidianos, muchas veces surge una pregunta dramática: «¿Qué he hecho mal para merecer esto?» o bien: «Señor, ¿qué quieres de mí con esta situación?».

Estas preguntas, aunque muchas veces nacen con un tono de pretensión y rabia, no me permiten pasar por encima de la circunstancia, intentando tolerarla o ignorarla, ni sacar músculo, tratando de soportarlo mientras no haya algún cambio (si es que lo hay).

El "Filo rosso" de este año, en un momento dado, dice citando a Giussani: «Estabas en aquel chico, en ese compañero, en la persona que acogí y yo no lo sabía».

La pregunta por el significado, por lo que hay de bueno para mí en esta situación, me interesa mucho, para no perder el tiempo. Quería pedirte ayuda para entender cuáles son los pasos que debo dar para adentrarme en este descubrimiento.

El "Filo rosso" dice: «Acoger es dejar entrar al otro [...] definitiva y totalmente, hasta abrazar sus límites y heridas». En muchas experiencias de acogida, este punto siempre ha sido una provocación para mí, y un desafío. En nuestra acogida actual lo vivo y lo percibo todavía más. Estamos acogiendo a un chico con muchas dificultades, aparte de una dolencia importante que no le permite continuar con sus estudios ni vivir una vida plena. Se pasa el día en la habitación, en la cama, casi sin relacionarse con nosotros ni con nuestros hijos. Esta situación ha sacado a relucir aún más mis límites y la fatiga de estar delante de alguien que es, como dice don Giussani en El milagro de la hospitalidad, «diferente».

Como dice el "Filo Rosso", «estabas en [...] la persona que acogí y yo no lo sabía». Yo lo sé, pero se me olvida porque a veces me domina el cansancio.

¿Qué puede permitirme abrazar a mi hijo hasta el fondo y darme a mí misma razones de lo que me sostiene en los momentos más duros?

Carrón. ¿Qué hay de bueno, decía la intervención anterior, en esta situación en que os ponen vuestros hijos? Si hay alguien que ve todo lo que estos chicos –por su historia pasada, por una infancia complicada– han sufrido al verse rechazados, al no sentirse acogidos, al atravesar situaciones realmente dolorosas, esos sois vosotros. Muchas veces os dais cuenta de que la posibilidad de abrazarlos va más allá de vuestra capacidad, como acabas de decir ahora. Entonces uno se pregunta qué hay de bueno ahí para uno mismo. Te lo pregunto yo a ti. ¿Qué has experimentado en todo este desafío como bien para ti? Porque yo solo puedo decirte el bien que he percibido en los desafíos que la vida no me ha ahorrado. A ti no te ahorra los tuyos, ni a ella los suyos, ni a mí los míos. Todas las situaciones en las que me he encontrado por designio de Otro han sido valiosas en mi vida porque, sin necesidad de preguntarme quién tenía razón o quién estaba equivocado (eso no importa), me ponían en camino, me desafiaban y me siguen desafiando. ¿Qué tiene de bueno todo esto para mí? Que yo no puedo estar delante de estos desafíos constantes sin hacer memoria. Como decía Bernanos: «La injusticia... no creas que la harás retroceder, clavándole la mirada como un domador... No la mires más que el tiempo justo y no lo hagas nunca sin rezar» (G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009, p. 65). No se puede mirar demasiado tiempo el mal, la enfermedad o el sufrimiento sin ponerse

delante de una Presencia. Por tanto, para mí el silencio, la memoria como búsqueda constante de Cristo, es lo único que me permite esperar los tiempos de otro. Desde que uno empieza a relacionarse con otro, no puede decidir a priori cuáles serán sus tiempos, por eso debe esperar. Y mientras el otro llega según sus tiempos –porque no sabemos qué ni cómo sucederá–, ¿qué hacemos nosotros? ¿Quién nos sostiene en esta situación? ¿Qué nos permite abrazarlo tal como es? Solo la conciencia, que debemos renovar constantemente, de haber sido abrazados y de seguir siendo abrazados por Cristo. Por eso, cuando nos vimos con Luca, le dije que no sabía cómo podéis estar delante de situaciones así, cómo podéis afrontarlas sin una familiaridad con Cristo, sería imposible. Entonces, ¿qué bien te aporta esta situación, amigo? ¿Qué bien te aporta, amiga? La posibilidad de decir, como afirma Giussani en la frase que habéis citado: «Estabas en aquel chico, [...] en la persona que acogí y yo no lo sabía». Era Él quien venía a llamar a vuestra puerta: «¿Me acogéis?».

Para acoger esta diferencia que es el otro –con toda la complejidad que solo vosotros conocéis– durante todas las horas del día, no hay ninguna medida, ninguna energía, ninguna naturaleza –por volver a la frase de santo Tomás– que pueda hacernos capaces de abrazar así. Solo es posible por la audacia que procede constantemente de la gracia. Solo por este volver a Él, sorprendiéndonos de nuevo por toda la paciencia que el Misterio tiene con nosotros, por toda la misericordia que tiene con nosotros. El asombro por esta preferencia ilimitada del Misterio hacia nosotros es lo que nos permite acoger al otro. Sin esto, sin volver a sentir este abrazo, no en el pasado sino ahora, ahora, será difícilísimo, si no imposible, abrazar al otro. Prevalecería, como decía antes nuestro amigo, la rabia, la incompreensión o la pretensión ante todos los comportamientos a los que os enfrentáis. No podemos acompañar a estas personas sin hacer este camino. ¿Cómo podéis abrazaros a vosotros mismos sin hacer memoria por la mañana? Pensamos que siempre son los demás los que nos crean los problemas, ¿y nosotros? ¿Cómo nos podemos abrazar sin dejarle entrar? ¿Qué sería una mañana en la que no pudiéramos encontrarnos con Él? ¿Qué sería de esa jornada? Como un hijo que no se encontrara con vuestra presencia. Nosotros podemos entenderlo perfectamente, ¿acaso creemos tener menos necesidad que ellos?

C. LA AUDACIA DE UN ENCUENTRO

Sommacal. Con las dos intervenciones siguientes queremos expresar la audacia de la dinámica de un encuentro. Primero, como amor a la libertad del otro, es decir, quedarse a un paso, donde no tienes el control, viviendo una especie de vorágine, una relación que no sabes dónde te llevará. En el segundo caso, la audacia de exponerse y encontrarse con otros con todas tus preguntas –y fragilidades, me atrevería a decir–, dando testimonio, precisamente por ello, de un yo renovado.

Cuando adoptamos a nuestro hijo, mediante una adopción internacional, ya tenía nueve años y ahora tiene 22. Le abandonaron al nacer y siempre estuvo en residencias, salvo de los cinco a los siete años, que vivió con una tía.

El camino enseguida se reveló cuesta arriba y después de apenas dos o tres años la relación con mi hijo estalló y como consecuencia tuve que adoptar, como remedio y medida de protección, una distancia tanto afectiva como física. Durante muchos años casi no tuve con él ninguna relación y me limité a responder a sus necesidades básicas: hacer la comida, comprar alguna prenda de ropa y cosas así. Durante este tiempo, que me parecía tiempo perdido, me preguntaba todos los días qué sentido tenía una maternidad así. No construía nada y pensaba que no podría sucederle nada bueno a mi hijo (no salía con los amigos que yo creía que podrían ayudarle, ni iba a los lugares que podían hacerle bien, dejó de ir al psiquiatra).

Al mismo tiempo, estando en la asociación Familias para la Acogida y especialmente con algunos amigos, vi y comprendí que no era automático y que el destino de mi hijo tenía un horizonte y un tiempo distintos de los que yo pretendía, así que lo único concreto a lo que podía aferrarme era la oración. Siempre me ha confortado mucho el pasaje del evangelio en que María y José pierden a Jesús y tienen que volver a Jerusalén a buscarlo. Cuando lo encuentran, la Virgen dice: «¿Por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados»; y termina diciendo que María custodiaba en su corazón todas estas cosas que le pasaban. Entonces me dije: «Si ella estaba angustiada, ¡yo también puedo estarlo!». Tampoco nosotros, como María y José, comprendemos lo que dicen o hacen nuestros hijos. Pero la parte más difícil para mí era "custodiar" lo que sucedía. Para custodiar hay que recordar, proteger y cuidar, mientras que yo solo quería que todo pasara, quería olvidar. Como yo sola no era capaz de custodiar, encontré

–gracias a Dios– un corazón más grande que el mío, el de esta compañía de amigos que juzga y acompaña, con el tiempo, con una postura humanamente insostenible.

Un día, cuando mi hijo tenía casi 19 años, sin que ningún signo especial nos permitiera presagiarlo, me dejó una especie de carta donde me hablaba del “tormento” que desde hacía años llevaba en el corazón y aquella noche –antes de que pudiera hacerlo yo– se acercó a mí y, rompiendo a llorar, me abrazó pidiéndome perdón.

¡Sucedió lo que creía imposible! Y pasó de un modo que todavía hoy me parece una incógnita, que me hace recordar que mi hijo –aunque esto vale para cualquier persona– en el fondo es un misterio y no puedo reducirlo a lo que hace, a lo que yo conozco de él o a lo que yo predispongo para él.

Hoy esa distancia sin duda se ha reducido, pero siempre tengo el deseo (¿o la tentación?) de una mayor cercanía e incluso intimidad con él. A veces creo que si fuera su madre biológica no tendría este deseo porque habría quedado más que satisfecho con el embarazo, pero luego me doy cuenta de que ese deseo también lo tengo con mis amigos y mi marido.

Entonces pregunto: ¿es un deseo peligroso? ¿Dónde me puede llevar?

Leo en el “Filo Rosso” de este año: «Acoger es dejar entrar al otro en nuestra vida. Ahora, definitiva y totalmente, hasta abrazar sus límites y heridas. Otro que a su vez nos acoge, en una dinámica mutua que solo hace posible el amor. Es un encuentro entre dos libertades que se relacionan entre sí misteriosamente». Mi hijo entró en mi familia según esta modalidad, total y definitivamente, porque primero lo acogimos y luego lo adoptamos. Acogimos sus límites y heridas y a su vez nos acogió con nuestros enormes límites y como padres fuimos aceptados por este hijo que se fío y confió totalmente a nosotros.

¿Pero qué pasa cuando, de repente, después de un largo e intenso recorrido lleno de cosas buenas y positivas, a los pocos meses de la adopción se despierta en él un fuerte deseo de retomar el contacto con sus padres biológicos y con su familia? ¿Qué pasa cuando un buen día te pide que lo lleves con su hermana a su casa, no solo para volver a verlos por fin sino incluso para cenar con ellos o quedarse a dormir? ¿Qué pasa cuando mi mujer y yo, invadidos por el malestar y el dolor, oímos cómo nos dice que le gustaría volver cuanto antes a su país de origen para emprender su propia actividad laboral, decidido y convencido en sus propósitos, porque en cualquier caso siempre estarán allí sus otros padres y su familia para ayudarlo económicamente? Luego, de pronto, en una Escuela de comunidad donde expresé mi sufrimiento como padre, un amigo que me escuchó atentamente me “descolocó” totalmente diciendo: «estoy fascinado por tu postura, me atrae mucho tu libertad y cómo quieres el bien para tu hijo. ¿No te sientes aplastado? Yo estaría fuera de mí en tu lugar. Me gustaría saber cómo lo haces para entenderlo mejor. Se ve perfectamente tu experiencia en Familias para la Acogida». Sentí inmediatamente un gran impacto. Había llegado a la Escuela de comunidad con el deseo de “vaciar el saco” para que me ayudaran, pero en realidad fui testigo de una Realidad (con mayúscula) que se impone, de una libertad auténtica y de un bien que no era moralista, y que solo ahora percibo en la relación con mi hijo.

Carrón. ¿Qué bien puede haber en esta situación? El conocimiento de tu hijo como misterio, ya no reducido a la imagen que tienes o tenías de él, como todos podemos hacer con nosotros mismos o con los demás. Además, puede ensanchar el horizonte de nuestra mirada, como contaba la amiga que ha intervenido antes que tú, al ver suceder cosas que después de diecinueve años creía totalmente imposibles. Delante de estas situaciones verdaderamente desafiantes, todos nos vemos obligados a ensanchar, a dilatar nuestra capacidad de comprensión de la realidad, que siempre es mayor que nuestra “filosofía”. Esto nos permite estar delante del misterio del otro, de su libertad, amando ese misterio, amando esa libertad, porque solo así podemos amar realmente nuestra libertad y sorprendernos ante el misterio que somos. Ese «misterio eterno / de la existencia» que tanto apreciaba Leopardi (G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», en *Poesía y prosa*, vv. 22-23, Alfaguara, Madrid 1990, p. 227), sin el que no podemos entender toda la diferencia de nuestro ser humanos. ¡Nada de mecanismos! Nos encontramos delante de un ser, otro totalmente distinto a nosotros, que constantemente nos supera por todas partes. Como cuando un chico adoptado, años después, quiere volver con sus padres biológicos. De nuevo aparece el misterio del otro. Vosotros lo habéis cuidado durante años, le habéis criado de una manera “alucinante”. Y de pronto el misterio del otro aparece, irrompiendo todos nuestros esquemas! ¿Entonces? ¿Qué descubres ahí, que bien descubres para ti, aun dentro del dolor de ver partir a un hijo? Tu libertad, que no sabías que la tenías, que

sorprende a un amigo tuyo que llega a decirte: «estoy fascinado por tu postura, me atrae mucho tu libertad y cómo quieres el bien para tu hijo. ¿No te sientes aplastado? Yo estaría fuera de mí en tu lugar». Te descoloca y sientes un fortísimo impacto.

¿Dónde podríamos aprender estas cosas? ¿En algún libro? No, solo las aprendemos, una tras otra, convirtiéndonos ante lo que sucede. Si ella no hubiera visto suceder lo que ha visto, ¿podría jurar que sucedería algo distinto? Después de tantos años como los que ha pasado, diría: «¡Ni en sueños!». En cambio, siempre queda espacio para una novedad. Y eso también es una esperanza para nosotros, hasta el punto de que un amigo puede reconocer esa libertad. ¿Por qué alguien puede sentirse tan impactado por tu libertad? ¿Qué te permite tener esa libertad? Casi sin darte cuenta, has visto crecer en ti una sobreabundancia de amor, has sorprendido en ti tal experiencia de ser amado que uno que estaba a tu lado te ha dicho algo que te ha descolocado: «yo estaría aplastado». Estas cosas nos las llevaremos a la tumba porque constituyen nuestro estar humanamente en el mundo y cambian la realidad más de lo que podamos pensar, primero nosotros y luego los demás, que cuando ven estas cosas no pueden dejar de asombrarse. Esto es lo que debemos mirar. Ante cualquier fatiga, cuando os hagáis preguntas como las de esta noche, justísimas –tenéis todas las razones del mundo para haceros este tipo de preguntas–, ninguna respuesta que podáis dar tendrá la capacidad de convenceros más que lo que habéis visto y veis suceder en vuestra vida. Por eso me interesa que os deis cuenta de lo que decís, más que lo que os pueda decir yo! ¿Os dais cuenta de que en vuestra experiencia, en la realidad presente que vivís, está la respuesta a vuestras preguntas? ¡Porque las respuestas superan todas vuestras previsiones! Porque sucede lo que creáis que era imposible en el misterio y la libertad del otro, tanto que uno que lo ve encarnado en alguien no puede dejar de asombrarse. Al mismo tiempo, este asombro que tú ves en el otro te sorprende a ti también. ¡Es fortísimo! El Misterio te lo devuelve encarnado, no te da un discurso. Hace que otro se quede tan sorprendido que te devuelve el asombro hecho carne. De otro modo, ni siquiera te darías cuenta de que eres «testigo de una Realidad que se impone, de una libertad auténtica y de un bien que no era moralista, y que solo ahora percibo en la relación con mi hijo». ¡Vuestros hijos os están generando!

D. EXPRESIONES DE LA AUDACIA

UNA OBEDIENCIA ACTIVA A LAS CIRCUNSTANCIAS

Sommacal. En el “*Filo Rosso*” se dice que en la acogida, la audacia no es «un juego basado en nuestras fuerzas o en la casualidad, sino una obediencia activa a las circunstancias, marcada por la esperanza».

Estos meses mi mujer ha enfermado y eso –que la hace sufrir mucho– la impide hacer muchas de las cosas que hacía antes. Ella siempre ha sido un pilar esencial de nuestra familia numerosa y de las muchas acogidas que hemos tenido. Al principio, yo esperaba lleno de confianza en el día siguiente, pidiendo al Señor que poco a poco le permitiera mejorar su estado de salud. Con el paso de las semanas y los meses, en un momento dado me encontré ante un dilema: o me enfadaba o cambiaba mi manera de mirar esa circunstancia y el tiempo que se me daba, mis hijos, mi trabajo y las energías que tanto me faltaban. Empecé a amar esa situación tal como era, con todo lo que sacaba a relucir, todavía hoy, con toda mi inadecuación para responder a lo que ella siempre ha hecho por todos nosotros. Pero mantener esta posición cansa mucho. Empecé a intuir que secundar la realidad era empezar a amar las cosas que me pasan, tal como soy, también las pequeñas, aparentemente sin gran valor, o esas que nos bloquean durante la jornada. Así, una situación tras otra me fue desvelando cada vez más mi vocación, es decir, la manera en que el Señor volvía a alegrarme y a darme un gusto por las cosas. Pero, precisamente porque es una postura que requiere que yo pida continuamente, te pido ayuda para entender mejor qué me puede salvar de la tentación de pasar de secundar la realidad a secundar la idea que a mí se me ocurre. ¿Qué quiere decir vivir una obediencia activa a las circunstancias y no un juego que solo se base en mis propias fuerzas?

¡Quería darte las gracias, de verdad! Pensaba que la acogida que estamos viviendo y que siempre hemos vivido era el antídoto al nihilismo y que toda la labor de ayuda de estas familias me hacía inmune a él. Pero el trabajo que hemos hecho este verano me ha hecho pensar y he percibido con más claridad que el nihilismo anida en que olvido que soy hija.

Me encuentro con muchas situaciones tan difíciles y dolorosas que a veces hacen que me afane, me empujan con un ímpetu casi frenético o me suscitan una cierta tristeza, porque veo que muchas familias estupendas podrían dar un poco más de sí. Me pregunto si el nihilismo puede asumir el rostro de esta pretensión o de este activismo.

Otro aspecto del nihilismo que he descubierto en mí misma con dolor –con mucho dolor– consiste en pensar: «Estos chavales no cambian, tal vez nunca cambiarán», o bien: «Estas familias se equivocan, lo hemos intentado de mil maneras, pero parece que no cambian». Surge por tanto una desconfianza hacia el presente, a pesar de haber visto muchos milagros y muchas cosas que sí cambian, es como si dijera: «Aquí no es posible».

La acogida sucede porque el corazón se mueve, un corazón que se deja "conmover" hasta llegar a decir: «¡Venga, vente a mi casa!». ¿Cómo discernir esa conmoción cuando luego desemboca en un afán, en una pretensión, en un sentimiento de culpa porque no sabemos responder adecuadamente a ciertas necesidades? Veo que es muy diferente a una obediencia serena a una circunstancia dada.

Carrón. Creo que la intervención anterior ofrece una clave para superar esa alternativa entre el enfado y el afán de cambiar. Decía que aceptar una situación problemática no es fácil, humanamente es muy difícil, y luego ha usado la palabra vocación. Creo que si entender esto es útil para todos, para vosotros resulta crucial, porque siempre estáis ante este dilema, como él decía, os veis desafiados de mil maneras por la complejidad de la situación que vuestros hijos tienen que atravesar por su historia, por la circunstancia que les ha tocado –ipobrecillos!– sin tener ninguna culpa.

Si uno no reconoce que la circunstancia es la modalidad mediante la cual el Misterio le llama para que responda, creo que será difícil seguir adelante. Es difícil para cualquiera, imás aún para uno que se ve tan desafiado! La cuestión es si nosotros tenemos un interlocutor a la altura del desafío. La culpa no es del hijo ni del otro. Podemos dar todas las explicaciones, hacer todos los análisis posibles e imaginables, ¿pero en último término quién es nuestro interlocutor ante esta situación? Como tú dices, ¿el antídoto al nihilismo es la acogida o ser hija? Aquí es donde vemos la diferencia con poner nuestra esperanza en un activismo o en la pretensión de que los demás cambien, ¡porque eso no resiste ante una situación así! Solo la posibilidad de una relación personal con Cristo llena la vida y nos dará la oportunidad de esperar su libertad sin prisas, sin pretensiones, sin enfados.

Es inevitable, normal, afanarnos siempre. Deseamos el bien de nuestros hijos, que encuentren su camino, que les cueste menos y que nosotros también tengamos que hacer un poco menos. Todo esto es absolutamente deseable, no podemos evitarlo. El problema surge cuando eso no se realiza según nuestros tiempos. ¿Qué hacemos mientras esperamos todo esto que deseamos y que no sabemos cuándo llegará? De hecho, no podemos vivir solo del futuro, que aún no conocemos. ¡Solo podemos esperar si vivimos, en cada instante, de una relación que llene afectivamente nuestra vida! Si no vivimos de esa sobreabundancia que solo Cristo nos puede dar, siempre dependeremos del éxito, del resultado de nuestros intentos, que no basta para responder a todo el deseo de plenitud que todos nosotros llevamos dentro. Para poder mirar con esperanza y esperar cómo se cumplirá el designio de Otro sobre nuestro hijo, para poder estar delante de este vértigo –Giussani describe así la religiosidad, como una posición vertiginosa ante el Misterio– hay que ser hijos, como dice nuestra amiga. Porque era Hijo, Cristo pudo esperar el camino que hizo cada uno de nosotros, ¡y lo sigue esperando, igual que esperó el camino de Pedro! Por tanto, no es una estrategia lo que nos permitirá librarnos del activismo o de la desconfianza en el cambio, sino solo la certeza de ser hijos. Nadie puede mirar a su hijo sin la conciencia de ser a su vez hijo de un Padre bueno, que está respondiendo a mi deseo y que también responderá al bien del hijo, que no sé cuál será, no conozco en absoluto la modalidad mediante la cual el Misterio saldrá a su encuentro.

¿Qué bien nos trae esta situación? Nos pide una relación única con Cristo para poder vivir de manera adecuada la acogida. Vuestro camino no está al lado de, sino que pasa a través de todo lo que habéis contado, ¡de otro modo no sería posible! Solo cuando me veo desafiado como vosotros, aunque por cosas muy distintas, me veo obligado a tener una relación aún más familiar con Cristo, de otro modo no podría. Este es el bien os trae un hijo. Es evidente que muchas cosas se os ahorrarían si hubierais optado por una vida menos desafiante, más tranquila. ¡También se me habrían ahorrado a mí si me hubiera quedado en España! Pero no habríamos recorrido un camino que nos ha traído esta intensidad y familiaridad con Cristo ni veríamos suceder algo que nos parecía imposible, como decía antes una de vosotros. Este es el bien que nos traen los hijos y los demás: la posibilidad de hacer un camino vertiginoso, sin duda, pero

precisamente por ello lleno de estupor por poder ver cosas que quien prefiera una vida más cómoda no podrá ver nunca. Porque no se puede ver mirando desde el balcón, solo se ve metiendo las manos en la masa, como hacéis vosotros. Basta oír vuestros relatos para vibrar de conmoción. Ciertas cosas no las podremos entender, ni yo ni vosotros, sin vernos desafiados, porque esto nos lleva a ver lo que de otro modo no podríamos ver.

UNA PRESENCIA COMO TRABAJO QUE SECUNDA LO QUE OTRO HACE

Sommacal. Otra expresión de la audacia es poner en juego una presencia, encontrándonos con otras realidades y colaborando en la construcción del bien común. Cito del *"Filo Rosso"*: «Queremos ayudarnos a no perder la plenitud de vida que hemos experimentado poniendo en juego una presencia en el mundo, abiertos a encontrarnos con quien, igual que nosotros, todavía tiene el coraje de asombrarse y, por ello, el deseo de construir».

Nunca como en este tiempo había retomado las palabras que nos dijiste el año pasado y que has repetido también en la Jornada de apertura de curso: «secundar la vida que hay». La vida está llena de lo que el Misterio nos manda y nos hace encontrar. Pienso en el hecho de que algunos de nuestros seres queridos se han visto afectados últimamente por el Covid, con todo lo que eso conlleva, en la caridad que veo en acto entre nosotros, sobre todo en personas sencillas, en la experiencia de acciones comunes con multitud de asociaciones y servicios sociales, todo ello en una relación de confianza mutua que crece. Podría poner otros muchos ejemplos, que además de a mí involucran a muchos de nosotros en diversas realidades.

Pienso concretamente en mi experiencia en el Fórum Nacional de Familias, en la relación con Gigi De Palo, en el afecto y en las relaciones que han surgido y que se van consolidando, que nos hace ir más allá de nuestro "huerto". Pienso también en el momento del Rosario que tuvimos el 7 de octubre y en la relación con la Oficina nacional de pastoral familiar de la Conferencia Episcopal Italiana, especialmente con su responsable, el padre Marco Vianelli, o con TV 2000, cuyo director nos escribió después del Rosario diciendo: «he tenido ocasión de conocer vuestra experiencia de acogida, una de las obras más interesantes surgidas del carisma del Siervo de Dios Mons. Luigi Giussani, pero también de apreciar el cuidado con que habéis preparado la celebración del Santo Rosario». Me recordaba lo que decías en la Jornada de apertura sobre la importancia de acoger los hechos en vez de ceder a las interpretaciones.

¿Cómo sostenernos en esta experiencia tanto personal como asociativa para permanecer en relación con todos? ¿Cómo se implica mi responsabilidad en todo lo que hago?

Carrón. Simplemente como has dicho: secundando la vida que hay. Porque todo lo que has citado –el Rosario, el Fórum de Familias, los encuentros con las personas que has nombrado– son ocasiones. Podemos aprovecharlas para compartir con los demás la gracia que recibimos del carisma o podemos desaprovecharlas. No hay ninguna estrategia especial, la cuestión es que cada uno en su propia vida se topa con compañeros, con personas que trabajan en instituciones civiles o eclesiales. No nos quedamos en nuestro huerto, toda la vida que hay entre vosotros hace imposible quedarse en el huerto de casa! Todas las cosas que has dicho documentan que cada gesto, por pequeño que sea, es público, tiene una relevancia pública. Y la gente, que no es ingenua, percibe la novedad de ese gesto, su diferencia. La novedad, la diferencia, no dependen de manifestaciones clamorosas, basta el cuidado con que habéis preparado el Rosario, eso es lo que han visto. La gente está cada vez más atenta y capta en los detalles una diferencia. Nosotros la comunicamos viviendo, porque no existe otra manera de no perder la plenitud de la vida, no hacemos las cosas para obtener el reconocimiento de los demás –que incluso a veces nos lo conceden– porque ya vivimos de la sobreabundancia de lo que nos sucede. Luego, en ciertos momentos, podemos incluso agradecer el consuelo de recibir un reconocimiento, pero a nosotros ya se nos ha pagado, más allá de cualquier tipo de medida: el ciento por uno aquí abajo que experimentamos va más allá de cualquier medida.

E. COMPAÑÍA (EL "TÚ" PRESENTE)

Sommacal. Las últimas intervenciones que proponemos quieren ayudarnos a profundizar en lo que significa acompañarnos entre nosotros. Todo lo que hemos dicho hasta ahora genera y sostiene a Familias para la Acogida –retomando el *"Filo Rosso"*–. Genera y sostiene nuestra asociación porque genera y sostiene a cada uno de nosotros, genera una unidad de la persona

que, dentro de una compañía humana, se mueve y se pone en juego, abriéndose al mundo de par en par.

El verano pasado, después de la pandemia, nos halló más deseosos de un Bien que no acabe. Tuvimos la posibilidad de encontrarnos con mucha gente, algunas solo por teléfono, otras en persona. Nos hemos visto más alegres secundando la realidad porque no estábamos solos. Entre tantas restricciones, muchas veces me preguntaba: ¿qué resiste el embate del tiempo? ¿Qué resiste ante el miedo que aún existe, ante tanta confusión que veo en mi lugar de trabajo todos los días? Solo una Presencia que existe, que me espera y me quiere, que necesito como el aire que respiro. A través de tantos encuentros, he experimentado este bien que llegaba mediante personas antes desconocidas, para las cuales me he vuelto familiar y ellas para mí. Sostener juntos la esperanza, mantener alto el deseo del corazón es difícil en este momento, pero en la experiencia que vivimos Él realiza este Bien y se hace familiar en mi vida, tanto que puedo contárselo a otros, porque es tan carnal que ya no te lo quitas de encima. Una Gracia que llena mi corazón de gratitud y me abre de par en par a la vida. «De la gracia brota la audacia», dice el "Filo Rosso". La audacia de sostener concretamente a nuestros amigos con la herida de un hijo adoptado que se va con su familia biológica, la audacia de salir al encuentro de familias nuevas, la audacia de una familia que quiere experimentar la acogida, la audacia de llamar a los Servicios Sociales para seguir comprendiendo y construyendo un camino. No hay nada más hermoso que compartir un camino con la intensidad con que Van Thuan (en su libro) se dirige a un joven que quería ser sacerdote: «Que puedas ser una presencia del Dios vivo». Eso es: ¡ser una presencia del Dios vivo! Cada vez más, en el camino de la acogida eso salta a la vista porque la realidad aprieta y a veces ahoga.

Con una compañía así que reza por ti, que pasa por la concreción de un amigo, esto es lo que necesitamos cada vez más: una mayor cercanía y familiaridad entre nosotros, que es también una forma de caridad. ¿Puedes ayudarnos en esto?

Mi familia y yo atravesamos un periodo muy difícil. Deseo decir: «Amigos, quiero vivir esta dificultad con vosotros, no quiero sentirme sola».

Dentro de una compañía, ¿cuándo y cómo se convierte este deseo en pretensión?

Viendo las historias y la vida de tantas familias como la mía, lo que prevalece es la herida. La herida de quien no puede tener hijos, la herida de nuestros hijos acogidos, la herida de las familias que viven el crecimiento de sus hijos acogidos con una gran rebeldía, que les lleva a tomar decisiones equivocadas.

En medio de todo este dolor inmenso hay un punto de luz que es nuestra compañía dentro del movimiento y concretamente dentro de la obra de Familias para la Acogida. Por esta experiencia "particular" nos encontramos con muchas personas, también de fuera del movimiento, que se sienten sobre todo acogidas, comprendidas y no juzgadas.

Nuestros hijos mayores dan testimonio de ello. En una conversación con mi hijo, que hace poco fue padre, me decía: «Mi rebeldía, mi rabia conmigo mismo y con el mundo –que también me ha traído consecuencias negativas– se debía principalmente al miedo. ¿Miedo a qué? ¡Al abandono! Pero luego entendí que mirar solo mi pasado y mi mal no me dejaba ser feliz. Entonces empecé un camino, empecé a mirar mi presente, a vosotros que siempre estáis presentes, que nunca me habéis mantenido pegado a vosotros sino que me habéis dado libertad para equivocarme y que también me habéis dicho: "Ahora es bueno que asumas tus responsabilidades". Esto me ha permitido mirarme a mí mismo y también empezar a pensar en mi futuro. Luego conocí a la que ahora es la madre de mi hijo, pero no habría podido reconocerla como un bien si no hubiera empezado este camino».

¿Cómo podemos custodiar en nuestra obra esta particularidad "de acompañamiento a las familias" sin querer quitarles esta herida, aunque sangre o haga daño?

Carrón. Solo hay una manera, como hemos escuchado: mirando (antes lo decía una de vosotros) lo que resiste ante esta situación. ¿Qué resiste ante las heridas? Cada uno de nosotros debe mirar qué le permite estar en pie, qué le permite esperar cuando uno hijo hace lo que contabas del tuyo. ¿Qué resiste, qué os sostiene? ¿Por qué? Porque, como decía la amiga que intervino antes, ¡uno quiere vivirlo todo! ¿Pero cómo? No podemos vivir sin la luz de esta compañía. ¿Pero qué es esta compañía? ¿Cómo podemos ser verdadera compañía los unos para

los otros? Solo si la nuestra es una compañía que, como dice tu hijo, responde a ese miedo profundo que le lleva a rebelarse: el miedo a ser abandonado. ¿Dónde puede apoyar la certeza de que, pase lo que pase, no será abandonado? Solo en ver que nosotros somos los primeros que vivimos esta experiencia: no nos abandonan. Hoy hablaba con una persona que sufre especialmente por este abandono y no podía dejar de repetirle lo que escuchamos en el Antiguo Testamento: «Aunque tu padre o tu madre te abandonaran, yo nunca te abandonaré» (cfr. Is 49,15). Nosotros solo podemos acompañarnos incluso con todas las heridas que tenemos, solo podemos resistir ante todos los desafíos, si tenemos una esperanza que se apoya en algo presente, tan frágil como nuestra compañía, pero que es signo de su Presencia. De otro modo nuestras energías, aunque estemos juntos, no serán suficientes para sostenernos. Porque no es solo una cuestión de apoyo físico, mental o psicológico. No, se trata del único apoyo que responde realmente a la raíz de nuestro ser, a esa necesidad última a la que solo Cristo puede responder. Por eso, si nuestra compañía no nos lleva hasta ahí, no solo no podremos acompañarnos de verdad, sino que tampoco podremos acompañar a los demás. Porque se nos ve impreso en la cara si tenemos una respuesta al miedo, al miedo a ser abandonados.

¡Es letal cuando los hijos tienen esta claridad porque así nos enseñan lo que debemos tener presente! Muchas veces nos dedicamos a responder a los síntomas, ¡pero ellos ven el origen de esos síntomas! Nosotros veíamos su rebelión y todas las cosas raras que hacían, veíamos todo su malestar y todas sus reacciones, veíamos todo eso y muchas veces solo respondíamos a eso. ¿Y ellos qué bien nos traen? La conciencia de que tras esos síntomas, en un momento dado, aparece la verdadera necesidad. Pero solo podemos identificar la verdadera necesidad si nos acompañamos a la altura de nuestra necesidad más profunda. Si no respondemos a esto, nuestro empeño quedará reducido a activismo, como decía antes nuestra amiga. Y el reconocimiento que podamos obtener –no hay que desdeñarlo, por favor– no basta para responder a ese miedo profundo al abandono que acecha. Creo que esto nos indica lo que hay en juego. Nosotros decimos: «¿Pero qué bien nos traen estos hijos?». La respuesta es que nos traen una profundidad de vida, un hacernos verdaderamente conscientes de cuál es el corazón de nuestra vida, a lo que sin ellos sería difícil llegar. De hecho, muchas veces ni siquiera logramos acercarnos al tormento que viven. Ellos nos llevan precisamente hasta ahí y nos dicen cuál es su verdadera necesidad, que es también la nuestra. Por eso son tan valiosos, porque nos llevan a un nivel de profundidad de nuestra vida a la que solos no podemos llegar. Por eso a veces debemos aceptar tanta rebelión, tantas cosas que no entendemos, tantos enfados, hasta que tengan la libertad –¡qué misterio!– de mirar a la cara su miedo a ser abandonados, que no habían podido mirar por lo distraídos que estaban en su rebelión, que se debía precisamente a este bendito miedo a ser abandonados. En un momento dado, ¡lo descubrimos! Nuestro interlocutor con los hijos es este miedo a ser abandonados, ¡un miedo que también es nuestro! ¡El miedo a la nada! Miedo a que, al final, no haya nada. ¡Es el nihilismo, ese vernos empujados hacia la nada, como dice Giussani, de la que salimos en la Creación! De la nada ha brotado algo. Esta es realmente *la* cuestión.

Por eso, cuando leemos los sucesos que pueblan los informativos –y vosotros lo veis muchas veces en vuestra experiencia–, nos damos cuenta de cuál es el drama, la verdadera necesidad. Aparte de tener una casa, aparte de tener ropa, aparte de tener lo que necesitamos igual que ellos, existen compañeros hacia el destino, por esta necesidad última, por este miedo último a la nada, miedo a ser abandonados. Entonces dejamos de mirar a los hijos solo con lástima y empezamos a mirarlos como aquellos que nos devuelven realmente a este nivel de la historia donde, evidentemente –como decían antes–, solo puede responder una Presencia. Y esa Presencia o nos resulta familiar, y entonces podemos relacionarnos con nuestros hijos y entre nosotros, o nuestra compañía no será suficiente si no lleva dentro esta esperanza también para ellos.

Sommacal. Por último, quería hacerte una pregunta sobre cómo mirarnos entre nosotros, los que asumimos responsabilidades e implicaciones a varios niveles en la asociación.

En las juntas directivas, en los diversos lugares de conducción de esta obra, ¿cómo podemos acompañarnos dándonos el tiempo necesario para que madure la conciencia del paso que estamos dando, sin que nuestro juicio, en vez de una ayuda, se convierta en algo que aplasta al otro? ¿Cómo podemos compartir y crecer en la comunión entre nosotros?

Carrón. Ante todo, concibiendo vuestra responsabilidad como lo más valioso de vuestro camino humano, antes que cualquier tipo de organización. Porque, como veis, solo podéis guiar, ayudar o acompañar en una asociación en la que suceden cosas como las que hemos escuchado esta

noche si percibís esto como un desafío para vosotros, sin reducirlo todo a resolver problemas organizativos. Solo así podéis ser una ayuda de verdad. Que esta responsabilidad no sea algo que queda al margen de la vida, donde la vida está en otra parte. Vuestra implicación en esta forma de estar juntos es precisamente para la unidad de vuestra persona, de modo que cuando podáis o tengáis que decir una palabra a vuestros amigos, nazca de este camino que hacéis juntos.

Cuando pido a alguien que se implique en la vida del movimiento con alguna responsabilidad, lo hago con cierta reserva, y eso me permite hacerlo con libertad y decir a esa persona: «Te invito a participar en una aventura en la que todo lo que hagamos será para caminar juntos hacia el destino». Si no fuera así, vuestra participación en la asociación sería como un peaje que hay que pagar, pero lo que os interesa en la vida estaría en otra parte. No, lo que interesa, como hemos visto esta noche, es estar delante de todas estas cosas ante todo por cada uno de vosotros, porque solo así podéis dar a la asociación esa forma original que se convierte en una manera de mirarlo todo. Por tanto, no os conforméis con quedaros en el nivel superficial u organizativo. Afrontaréis también los aspectos organizativos, que son necesarios, con una profundidad desconocida si no lo reducís todo a un quehacer, es decir, si vosotros y yo miramos lo que hay en juego, como decíamos antes.

¡Así que buen camino a todos! Gracias por compartir todo esto, que siempre me sorprende.

Sommacal. Gracias, soy yo quien te da las gracias –creo que en nombre de todos– por lo que nos has dicho esta noche, por tu mirada paternal con nosotros y por cómo nos relanzas continuamente a vivir humana y profundamente todo lo que nos sucede. ¡Gracias de verdad, Julián!

Carrón. ¡Gracias a vosotros! Adiós.